Herejes de Leonardo Padura: lenguaje, historia y escritura

JOSÉ SCHRAIBMAN
(Washington University
in St. Louis, Missouri)

En sus obras, en sus ensayos y entrevistas, Padura ofrece pistas para una lectura informada y profunda de sus complejos textos. Complicados son sus personajes, así como la sociedad en que se mueven e intentan pervivir. Mario Conde, el personaje que se repite, confronta estos retos individuales y sociales a medida que pasa por varias etapas de su vida profesional y afectiva. En la Cuba que describe Padura, comprender la historia cubana es tan difícil como resolver un caso policial. Conde y sus amigos reflejan las vivencias de otra generación, sus actos y consecuencias, sus valores, sus miedos, y su parálisis por controlar su hado. El sexto sentido de Conde, sus premoniciones a veces le ayudan a salir de apuros, otras veces no.

No es nada accidental que Padura ofrezca dos definiciones de «hereje» antes de entrar en su texto. Del griego y el latín, prefiere la más cercana al español. Añade la de la RAE: 1.ª 'persona que niega algunos de los dogmas establecidos por una religión'; y, 2.ª 'persona que disiente o se aparta de la línea oficial de opinión seguida por una institución, una organización, una academia'. Esta es parecida a la Covarrubias (1611). Y añade «estar hereje» en cubano: 'estar muy difícil en el aspecto político o económico'.

El uso de este vocablo forma parte de los idiomas universales, pues además pudiera aplicarse a la Cuba de 1939, o la de 2007, o la de hoy día, o a regiones pobres en Polonia, Cracovia, Apalachia, o Harlem; o a las situaciones de *El hombre que amaba a los perros*, a Rusia, España, Francia, Finlandia, México. Herejes y sus significados: procaz, heresiarca, heterodoxo, apóstata, renegado, blasfemo, irreverente, sacrílego, contra-religioso, todos ellos fueron usados para juzgar, torturar, quemar por el poder religioso o político a través de la historia. Recuérdese la formula usada por la Inquisición española: «Nos los Inquisidores contra la herética pravedad y apostasía…» en la península, en México, Perú, Filipinas, y ahí donde imperase la Iglesia española y la Corona.

El *Diccionario de Autoridades* (1732) lo define así: 'hereje es todo Cristiano que es cristianamente bautizado y no cree en la Autoridad de la Santa Fe Católica'. Por cierto, definición restrictiva que no autoriza quizás a herejes de otras religiones o creencias…

Además de los posibles significados del término «herejes» el reto implícito en la división de la novela en tres partes y cuatro geografías distintas es cómo conectar estos textos: Ámsterdam, Cracovia, La Habana y Miami. Para comprender la colonia judía en Ámsterdam a mediados del siglo XVII hay que rastrear su origen en España y Portugal, exilados respectivamente en 1492 y 1497. Un tercio de su población de aproximadamente 300000 se convirtió al catolicismo, y una porción de los conversos o criptojudíos reincidieron en prácticas judías, y fueron declarados herejes. Unos se habían convertido después de las matanzas de 1391; otros más tarde. La Inquisición

española data de 1480. A mediados del siglo XVI también intentó erradicar el influjo luterano e iluminista en Valladolid y otras ciudades. Ese aspecto inquisitorial es novelado en detalle en *El hereje* de Miguel Delibes. Los falsos conversos caían bajo la jurisdicción de la Santa Inquisición, eran sometidos a juicio y castigados según sus transgresiones. En Ámsterdam los conversos tuvieron la oportunidad de volver a su religión ancestral y llegaron a formar una comunidad muy fuerte gracias a sus dotes comerciales y contactos con otros grupos judíos en Venecia, Salónica y Jerusalén. También con el Nuevo Mundo a pesar de que oficialmente no había judíos allí porque la Corona española prohibía el asentamiento de ellos en sus posesiones. Aun así funcionaban en México, Perú, Chile, Argentina, Filipinas y en Centro América.

Aunque Padura no describe los métodos de la Inquisición, su obra trata con profundidad sobre los judíos de Ámsterdam. La Iglesia declara a los falsos conversos, a los moriscos, *ex illis*, otros. Tal denominación conlleva la expulsión del grupo «escogido». Por ley, se les puede torturar, castigar, EXILIAR o, en casos extremos, quemarles. Padura narra los pogromos de los cosacos en Polonia con toda suerte de detalles sangrientos y crueles. Estamos ante un fenómeno ideológico, político, de cosacos y tártaros contra los príncipes polacos, y -como suele ocurrir en la historia- los judíos *in medias res*, odiados por todos por ser los que cobraban los impuestos sobre las tierras que los príncipes arrendaban a los campesinos. El odio racial, los incipientes nacionalismos, y las torturas sin límite con una saña que sobrepasan las prácticas utilizadas por la Inquisición.

En el siglo XVII en Ámsterdam cuentan las religiones, la ideología, el comercio internacional. Desde su llegada la comunidad sefardita recibió privilegios por sus conexiones en el Mediterráneo y en el Nuevo Mundo. Se les permitió volver a su religión ancestral, crear sinagogas y escuelas religiosas. Al mismo tiempo, ellos no permitieron discrepancias en los preceptos de la fe, como lo demuestran los procesos contra Uriel de Castro y Spinoza, entre varios otros. Ambos sufrirán un jerem, y serán separados de la comunidad. Es precisamente lo que sufrirá el personaje ficticio, Elias Ambrosius, al saberse que ha pintado un cuadro con su propio semblante. La ironía simbólica es que se parece a otro judío, Cristo, el verdadero Mesías, según los cristianos. El auto-declarado Mesías judío, Sabbatai Sevi, resulta ser falso. Cuando el visir le da a elegir entre morir en la horca o convertirse al Islam, no titubea en convertirse. Le cuesta la vida a miles de sus correligionarios, y siembra la desesperación entre muchos más.

Dados a elegir entre convertirse al cristianismo en el siglo XV un tercio de los judíos españoles se convirtieron y otros salieron al exilio. Entre las falsas acusaciones contra los judíos se hallaba la de secuestrar a niños cristianos, matarlos y usar su sangre en los ritos de la Pascua. Los cristianos nuevos también fueron delatados por seguir practicando aspectos de su religión como no comer puerco, celebrar el Shabat, y circuncidar a los hijos varones el octavo día después de su nacimiento. Todo ello cayó bajo la jurisdicción de la Inquisición, autorizada en 1480 y dirigida por el Inquisidor Mayor, Francisco de Torquemada. Es una curiosidad histórica que la comunidad judía de Ámsterdam parece hacerse eco del lenguaje y de los métodos de la Inquisición española. «Expulsa, maldice y execra… Nos los inquisidores contra la herética pravedad y apostasía…» Ambos tribunales ven al «otro» como merecedor de torturas. El jerem condena al exilio, pero no a la hoguera; sí a una muerte civil y religiosa, al parecer. La violencia tribal contra judíos y otros enemigos será perpetrada en las tierras polacas por Bogdan, el exterminador y sus huestes guerreras. Ello parece profetizar otras matanzas

ya no en cientos de miles sino en millones perpetradas por los Nazis en esas y otras tierras sangrientas. Padura conecta todas estas barbaridades con descripciones vívidas y sugerentes. La comunidad judía se prepara para la llegada del buque St. Louis. Ha zarpado de Hamburgo con 937 pasajeros judíos con visas, que resultaron falsas. Su saga entronca con la política, el lucro, la ideología nazi, las leyes inmigratorias cubanas y norteamericanas. Este singular caso de propaganda nazi será objeto de muchos estudios, y de la película *Voyage of the Damned*.

Finalmente el buque tuvo que volver a Hamburgo. Algunos pasajeros recibieron asilo en Bélgica y en Inglaterra, Francia. Un tercio pereció en los campos de concentración nazis. *Herejes* comienza en La Habana, 1939. Daniel Kaminsky, un joven salido de Cracovia, viviendo con su tío, José Kaminsky (Pepe Cartera) se va acostumbrando a la vida habanera, siempre recordando su vida anterior. Padura describe con pocas palabras la algarabía habanera, sus ruidos, los perros, los gatos, los vendedores y el característico cañonazo de las nueve. Daniel añora los silencios de su barrio burgués en Cracovia. Allá el ruido era señal de Mercado o de peligro. En Cuba, al revés, el silencio apunta al peligro. El miedo es un tema que aparece en las novelas de Padura, especialmente en ésta y en *El hombre que amaba los perros*.

La novela está dividida en tres partes: «Libro de Daniel», «Libro de Elías», y «Libro de Judith». Y «Génesis». Cada Libro presenta sus personajes a través del tiempo y de la historia. Sus temas y significados se desarrollan e intercomunican para el que sepa leer y destejer lo que he llamado «la riqueza y verticalidad» de sus lenguajes y estructuras. O, como lo escribió Stendhal: «para los pocos felices». Por ejemplo, cuando ya no hay explicación para el comportamiento de un personaje o sus elucubraciones, o una situación no tiene solución aparente, Padura recurre al vocablo «complicado». Ello es una invitación para el lector a ofrecer sus propias teorías, como en una buena novela de detectives.

Se describen tanto momentos históricos a través de los siglos como personajes reales o inventados; también Mario Conde y sus amigos, colegas, enemigos que aparecen y reaparecen, viven y envejecen al modo de los caracteres creados por Dickens, Balzac, o Galdós. Como en la novela del XIX los vamos conociendo por su físico, sus gestos, su comportamiento en la vida de Cuba y en privado.

La pregunta que suscitan estos títulos es si existe la conexión entre los Libros de la Biblia y los personajes que se llaman como los bíblicos en *Herejes*. ¿Queda ello para ser resuelto por el lector, o no? ¿Es solo un juego de nombres, o hay interpretaciones escondidas en cada historia comparada? ¿Repeticiones? ¿Ética? Como siempre en Padura hay un final muy bien estructurado, pero quedan otras cuestiones no manifestadas en el texto; estamos claramente ante una obra OBRA ABIERTA, como lo es también *El hombre que amaba los perros*.

Todos los libros de Padura tratan el tema de la libertad personal en lucha contra las restricciones sociales, burocráticas, raciales y políticas. También ocurre igualmente en los países extranjeros que aparecen en sus obras: Francia, la Unión Soviética, España, México, Estados Unidos y Cuba. Las particulares vivencias de los personajes se evidencian en su contexto histórico y cotidiano. El dispar tejido social es una de las causas de las quiebras de cada sistema. En *Herejes* cada país que aparece muestra sus contradicciones y falta de libertad. Como en todas las obras de Padura el lenguaje, la estructura, la interacción de personajes y sociedad revelan los nexos profundos de sus obras. Hay una ironía existencial en el modo en que cada personaje intenta sobrevivir dentro de las restricciones de su entorno. Estos temas aparecen en sus llamadas «novelas

negras». Conde recuerda a un Humphrey Bogart, y Tamara a una Ingrid Bergman cubanos. Sin embargo, tanto los temas cubanos como los universales trascienden la geografía y su cronología para tratar sujetos universales. Esas dotes deben ser la causa de tantas traducciones en lenguas extranjeras de obras de Padura. Su plasticidad también las ha de llevar al cine.

Estas dotes de gran novelista se ven también en las páginas dedicadas a Rembrandt en Ámsterdam, sus calles, sus caras, sus ojos, su ropa, sus bebidas, sus olores, las temporadas del año, sus clases sociales, sus religiones, su puerto, las especies exóticas, los pescados; todo ello compone la vida del gran pintor, y aparece en sus cuadros. Conocemos a sus esposas, las trágicas muertes de sus hijos, los dolores de muelas del Maestro, y su mal humor. Padura no deja de «pintarnos» detalles. Ofrece las descripciones físicas de sus personajes, y también las psicológicas y sociales: Rembrandt vive en una casa en el barrio judío, y existe polémica sobre si algunos de sus cuadros son preeminentemente judíos[1]. Ámsterdam es un hervidero de controversias filosóficas y religiosas en esta época en pugna con las creencias conservadoras.

A mediados de siglo llegan judíos de Alemania, Bohemia, Lituania y Polonia, hablantes de Yiddish. Los mismos sefardíes que fueron considerados «otros» en España y Portugal los tratan despectivamente como tudescos o polacos. En la Cuba del siglo XX descrita por Padura en la novela son llamados turcos los sefardíes y polacos los demás, casi nunca negativamente, aunque sí hubo distanciamiento entre ambas comunidades basado en lengua y cultura.

El joven Elías, tras cuatro años de servicio y aprendizaje, pinta su propio semblante, y produce una cara que casi todos consideran ser de Cristo. Lo delata por este cuadro y otros nada menos que su hermano, Amos, quizá por celos, pero seguramente siguiendo a ciegas la ortodoxia judía imperante. Este acto trae el deshonor a la familia, separará a Elías de su prometida, Mariam, y le obligará a salir al exilio. Esta delación es el comportamiento que exigía la Inquisición de cualquier vecino, cristiano o converso. En el caso de Amos, irónicamente, usa la misma estructura anteriormente usada contra los conversos, pero ahora contra su propio hermano. Este autorretrato, parecido a los *selfies* tan de moda últimamente, contiene las vestimentas, caras y, sobre todo, los ojos que Rembrandt recomendaba pintar con esmero. Todo ello enriquece la psicología de los personajes, y sus diferencias sociales. El pincel de Rembrandt pinta cuadros vivos, en constante movimiento, complejos, multiformes. Parecen un cuadro de naturaleza muerta en sus detalles, pero en vivo. Lo histórico y lo social aparecen ya sea en los paseos, el puerto, la algarabía constante. La ciudad bulle en diversas actividades; al mismo tiempo, hay conflictos entre las creencias ortodoxas y las heterodoxas. Rembrandt es un pintor *sui generis*. Pinta diversos temas para ganarse la vida. Depende de los cuadros que le encuadran sus diversos clientes. Padura penetra totalmente en el estudio de Rembrandt, en su casa, sus costumbres, sus mujeres, sus discípulos, su gusto por la bebida. Sus relaciones más estrechas incluyen a Menasseh Ben Israel, como ya he escrito, a Salom Italia, un alias para un hombre de negocios y pintor. El invento -no histórico- de Padura es un joven judío que aspira a ser pintor y con la ayuda de amigos sale rumbo al Este. Sus peripecias -quizás algo picarescas- le permiten sobrevivir, y salir en busca de

[1] Estos conversos comienzan a poblar Ámsterdam alrededor de 1595. Traen su propia vestimenta, costumbres y religión. Muchos vuelven a su religión ancestral, y fundan sinagogas. Uno de ellos, Menasseh Ben Israel, es íntimo amigo de Rembrandt. Comisiona un cuadro suyo. Menasseh representa ideas reformistas sobre la segunda venida del Mesías. Incluso los filosemitas protestantes se interesan en sus ideas.

Sabbatai Sevi. Nada más se sabe de Elías pero deja un *tafelet* con sus observaciones de primera mano sobre las barbaridades cometidas por Bogdan el Exterminador... Deja ese cuaderno a un viejo rabino que se había escapado de las matanzas; también varios cuadros, incluido el de «Cristo», y le da una carta para el Maestro Rembrandt explicándole su situación. Todo ello parece desaparecer, aunque ha de formar parte del meollo de la trama siglos más tarde. El cuadro aparecerá en el buque St. Louis, y quizás otro falso similar en Cuba. El *tafelet* no saldrá a luz hasta que Elias Kaminsky lo compre a un coleccionista en un rastro en un Mercado callejero en Ámsterdam cerca de la casa de Rembrandt. Escondido en la cubierta esta la larga carta de Elías a su Maestro. Ese *tafelet* contiene las claves para la resolución de la trama, aunque no de todos los eventos ocurridos. Sí le dará a Daniel la lección ética para no vender el cuadro -cuando lo recupere- y donarlo al Museo del Holocausto en Washington, D.C.

Los personajes cubanos de Padura viven dentro de su momento histórico, físico y social. Unos, como Yoyi el Palomo -hombre nuevo- prosperan en sus negocios, comprando y vendiendo lo que sea, libros raros, joyas, y así viven una vida holgada lleno de lujos. No se sabe cómo ha reunido su capital, pero no parece tener impedimentos. Le ha tomado cariño a Conde; le ayuda con la venta de libros y con dinero cuando Conde no lo tiene. No quiere que nadie se entere de estos actos de bondad para proteger su imagen de tipo duro. Al modo de la novela decimonónica, Padura crea personajes que hablan, meditan, protestan, sufren, son complejos; otros aparecen en su momento o vuelven con las mismas características en sucesivas obras sin grandes cambios. Sin embargo, corresponden muy bien a la comedia humana en que les ha tocado vivir. Conde y su querida caterva del pre-universitario, ya mayores. Se reúnen a beber ron barato, del bien llamado «Bar de los Desesperados», comen lo que la cocinera maga Josefina prepara con lo que haya caído de comida, hablan de filosofía, a veces de religión, van a la playa llevando al Flaco -ya no tanto- en su silla de ruedas. Las calles, el mar, el sol, el calor, hasta los ciclones forman parte de la vida de estos personajes, y enriquecen la textura de esta novela. Texto y contexto se van urdiendo a través de intratexto e intertexto, los tiempos verbales nos llevan con sus sugerencias a la totalidad del mundo creado por *Herejes*. Padura lo esclarece así en su Nota: «pero como se trata de una novela, algunos de los acontecimientos históricos han sido sometidos a las exigencias de un desarrollo dramático, en interés de su utilización, repito novelesca. Porque la historia, la realidad y la novela funcionan con motores diferentes».